

## **Domingo 4 TO-A**

### **“Sal de la tierra, luz del mundo”**

¿Quién entre vosotros se dice al levantarse: “¿Soy la sal de la tierra, la luz del mundo”? Incluso después de una sólida terapia sobre la estima de sí, se llegaría semejante imagen. Es cierto lo que el Señor acaba de decirnos.

Subió a la montaña en la que reunió a sus discípulos. Les dio las bienaventuranzas y les enseñó el difícil camino del Reino de los cielos, lleno de contradicciones que transforma la debilidad y la pena en alegría. Es como si añadiera:

“Construir el Reino será largo y exigente. Cuando estéis desanimados y vuestra paciencia pierda su vigor, recordad bien que sois la sal de la tierra y la luz del mundo.”

Y esto no es una simple imagen ni un simple objetivo, es nuestra naturaleza de discípulos. Hay que ser plenamente sal de la tierra y luz del mundo, pues nuestras dudas y vacilaciones pueden deteriorar nuestra naturaleza. Es nuestra identidad de discípulos de Jesús lo que está en juego.

Eso plantea una famosa cuestión: ¿Es que se debe buscar el testimonio por sí mismo? ¿Hay que inspirar nuestra conducta por esta voluntad de “testimoniar” o incluso de imponer nuestro punto de vista y nuestro ideal a los demás? ¿Dónde está la conciencia de nuestras debilidades? ¿Dónde están la transparencia y la verdad a las que nos invita tan intensamente el evangelio?

El creyente no regula su vida en función de los demás. Ante todo somos fieles a lo que Dios espera de nosotros porque es su Reino el que construimos. Hará de nosotros la sal de la tierra y la luz del mundo si queremos sólo dejarnos transformar con él.

Isaías sugiere los medios que reflejan mejor el Reino: *“Comparte tu pan con el que tiene hambre, acoge en tu casa al pobre sin abrigo, vístelo, no hurtes a tu prójimo.”* En este Reino en el que Dios ha tomado el poder, todos los aspectos de la sociedad se regulan por la fraternidad y la justicia. Importa que toda persona tenga su parte de felicidad. Del esfuerzo concertado de cada discípulo depende la totalidad del proyecto de Dios. Hoy más que nunca estamos invitados a entrar en él.

**P. Felipe Santos SDB**